

Las pequeñas flores violeta del gigante jacarandá descendían, con monótona lentitud silenciosa, sobre la escalinata central de la Facultad de Letras, en el pequeño Campus de la Universidad de Murcia, que se preparaba para un solemne acto de investidura honorífica. Las banderas habían quedado izadas en sus mástiles, los tapices colgados en el viejo Claustro de La Merced, los maceteros enormes marcando los caminos para la comitiva. Y el Paraninfo dispuesto como exigen las ocasiones memorables.

Era la hora fronteriza del atardecer y el Premio Nobel de Literatura, visitador reincidente de estas acogedoras tierras levantinas y viejo amigo personal de quien escribe, conversaba con nosotros, entre jocoso y emocionado, indagando detalles del ceremonial que le aguardada el día siguiente. Y es el caso que, mientras escuchaba su poderosa voz de bajo bien timbrada, no pude menos que recordar la historia interminable, a punto de culminar la penúltima singladura.

*Cierto es que detrás de cada celebración hay una historia que la justifica y determina. La nuestra comenzó hace tres años, aunque bien pudiéramos retrotraerla cinco lustros más allá, cuando preparaba mi Tesis de Licenciatura sobre la lengua literaria y los entresijos narrativos del escritor de Padrón o Iria Flavia. Pero importa más lo presente y cercano, que comienza cuando le propongo venir a nuestra Universidad para conferenciar y convivir unos días, ante la expectativa de proponer su candidatura como **Doctor honoris causa** por nuestra Universidad. Bastó una llamada telefónica y todo fue corrección, generosidad y delicadeza por su parte, amén de un agradecimiento extremado por el honor que le íbamos a dispensar, cuando —le insistía yo, intentando estar a la altura de las circunstancias—, éramos nosotros quienes realmente resultaríamos honrados con el acontecimiento.*

Camilo José vino a Murcia y sorprendió a todos como siempre. Nos hizo gozar de su ingenio fértil e inagotable. Paseamos, hablamos, disfrutamos de buen yantar: mucho más nosotros que él, ya que venía de una clínica especializada de sufrir una cura de adelgazamiento, cuyo relato constituía un desternillante reír, dado el hieratismo de sus gestos y el filo de sus palabras. Ruedas de prensa, encuentros con los estudiantes, coloquios con profesores, amigos y críticos, de todo hubo aquellos días. Para culminar con una impresionante conferencia sobre «Literatura, pensamiento y libertad», capaz de satisfacer la exigencia intelectual del más riguroso.

*A partir de ahí comenzó un lento y laborioso proceso encaminado a la concesión del **Doctorado honoris causa** a quien, un año después, se le concedería el Premio Nobel de Literatura.*

En efecto, la Cátedra de Literatura Hispanoamericana hizo la primera proposición, recogió las firmas de apoyo de algunos miembros del Departamento de Filología Española y elevó la solicitud a la Facultad de Letras, por vía del Decanato, camino que nos pareció el más oportuno y conveniente; para que nadie pudiera personalizar los trabajos y el resultado final. Cuando las circunstancias administrativas lo permitieron, se discutió la cuestión como convenía y la Junta de Facultad lo aprobó por unanimidad. Todos quedamos plenamente satisfechos a falta del último requisito burocrático y administrativo: el paso de la propuesta para su discusión y votación en Claustro Universitario, en la confianza absoluta de resultado positivo, toda vez que los especialistas y mejores conocedores de la personalidad del candidato habían emitido su juicio favorable y

unánime. En consecuencia, los responsables últimos del engranaje comenzamos a preparar los acontecimientos futuros, especialmente los de orden académico, porque no nos gustan ni la improvisación ni la premura.

Pero los caminos del corazón humano siguen siendo inescrutables, no digamos los de la inteligencia que razona y concluye. Y sucedió lo que nadie, razonablemente, podía esperar. Pues que, sobre la base de un extraño estatuto que exige cien votos para que la propuesta prospere, un Claustro desconcertado, un Rector sorprendido y un Decano de Letras irresoluto, produjeron la suprema ironía: rechazar la propuesta. Prefiero evitar cualquier tipo de comentario.

La historia continuó con una multitudinaria reacción desde las más diversas posiciones, perspectivas y planteamientos. Todas favorables al candidato en los más encendidos tonos de alabanza y reconocimiento. Renuncio a cualquier exégesis, ya que los interesados pueden encontrar todo tipo de información en los periódicos de aquellos días. Sin embargo, es justo reconocer y citar cuatro de aquellas respuestas en desagravio: el Ayuntamiento de Murcia, el Centro Gallego, la Asociación de Amigos de la Capa y los Estudiantes de la Universidad.

El Ayuntamiento aprobó, por unanimidad de todos los grupos políticos en él representados, dedicarle una hermosa plaza jardín. El Centro Gallego lo nombró Presidente Honorario. La Asociación de Amigos de la Capa lo hizo Capista de Honor. El Consejo de Distrito Universitario de Estudiantes lo nombró **Alumno honoris causa** de la Universidad de Murcia, título inexistente en cualquier universidad del mundo y que, por tanto, inicia una tradición de imprevisibles y esperanzadores resultados.

Así las cosas, llegó la satisfactoria entrega del Premio Nobel, lo que llenó de gozo a cuantos somos amigos y devotos lectores del escritor gallego. Comenzó, por otra parte, un largo período de reflexión que ha venido a concluir, esperamos, en acuerdo bastante unánime sobre la necesidad de enmendar pasados errores. Hubo cambios sustanciales de orden interno en la Universidad, etc., de manera que las aguas volvieron a sus cauces y hoy parece todo dispuesto para la mejor armonía de futuro.

Don Camilo encajó la situación con la elegancia y altura de miras que son características en él. Lo visité dos veces en su domicilio y me dejó las manos libres para organizar y gestionar lo pertinente, con una generosidad de la que únicamente los grandes hombres hacen gala. Todo lo aceptaba, todo le parecía bien, agradecía emocionado las iniciativas indicadas. Y prometió venir a Murcia en el mes de octubre.

Comenzamos, pues, a trabajar sin descanso en lo que nos concernía. Y al cabo, todo salió a pedir de boca, como no podía ser menos.

Llegó la tercera semana del mes de octubre del año del premio. El día quince hacía su entrada en Murcia el escritor, acompañado de Marina y de mi hijo, que se había desplazado a Guadalajara para compartir con Cela una hora deliciosas de viaje por carretera. Desde los inicios, todo desbordó las previsiones de hospitalidad, interés y muestras de afecto despertadas y ofrecidas.

Comenzamos la jornada del lunes con la inauguración del Congreso dedicado a su obra, bajo el marbete genérico de **El Escritor**, con cuatro grandes campos de atención: la biografía, la bibliografía, la prosa y el lenguaje poético. El acto inaugural estuvo presidido por

el Presidente de la Comunidad Autónoma, profesor Carlos Collado Mena; por el nuevo Rector de la Universidad, profesor Juan Roca Guillamón, y por el nuevo Decano de la Facultad de Letras, profesor Javier Guillamón Álvarez. Todos pronunciaron pertinentes discursos, de cuya oportunidad y enjundia podrá juzgar el lector cuando, dentro de breve tiempo, aparezca el volumen que recoja las intervenciones de todos los ponentes en el congreso. La verdad es que fueron treinta y cinco ponencias de sobresaliente altura intelectual y crítica, que aportan notable luz a los estudios celianos.

El escritor se manifestó agradecido por lo que se le ofrecía y gratamente sorprendido por la cantidad y calidad de los conferenciantes que actuarían a lo largo de toda la semana, entre los que se encontraban grandes amigos y estudiosos, desde la ponencia inaugural, pronunciada por el embajador de Colombia y escritor Pedro Gómez Valderrama, hasta la de clausura, a cargo del Presidente de la Real Academia de la Lengua, Manuel Alvar. Y no me resisto a transcribir el mensaje que, con ocasión de participar yo en excelente homenaje al Premio Nobel en El Escorial durante el verano, nos dedicara para colocarlo al frente del programa del Congreso. Dice así: «A mis amigos del homenaje que me dedican los profesores y alumnos de la paradójica Universidad de Murcia, con mis mejores votos por su acierto y un cordial abrazo». Es un manuscrito que conservamos como oro en paño.

Se iban cumpliendo los votos y al día siguiente celebramos la investidura como **Alumno honoris causa** por nuestra Universidad. Todo resultó impecablemente ajustado al ceremonial de los Doctorados, con un único cambio: donde debían estar las autoridades académicas, estaban los representantes de los estudiantes, con cargos proporcionales estrictamente distribuidos, del Rector abajo, en la mesa presidencial y como oficiantes. El resto del estrado lo ocupaba el Consejo de Distrito en pleno. Por consecuencia, las autoridades académicas, civiles y militares, así como el claustro de profesores, nos sentábamos en las butacas del patio. En el Paraninfo no cabía un alfiler.

El acto no pudo ser más hermoso, académico y espectacular, con discurso del nuevo alumno, un formidable **Elogio de la libertad**, que caló profundo en la emoción de todos los presentes.

Después vino la comida de fraternidad en el Colegio Mayor. Y las chanzas y las conversaciones. Y la firma de libros sin cuento. Y los recuerdos. Y las previsiones de futuro. Y la buena amistad que se incrementaba con el paso de las horas. Hay que decir que hablamos de lo divino y de lo humano, sin limitación, a todas horas y en todos los tonos posibles. De todo ello existe crónica rigurosa y extensa que, a no tardar, verá la luz de la publicación en espléndido libro. Por el momento, en exclusiva para la revista *Monteagudo*, Javier Polo Alba ha realizado la rigurosa y profunda entrevista que publican estas páginas, consecuencia de muchas horas de conversación y bajo el revelador título **Camilo José Cela: el hombre, el escritor**.

Ambos textos, el suyo y el mío, forman un conjunto inseparable y unitario, como el haz y el envés de una misma hoja: por eso se ofrecen juntos, en secuencia, a imagen de dos rayos luminosos que convergen en el mismo círculo.

Son las palabras y el recuerdo de un glorioso escritor, de un hombre cabal y convencido, que rezuma humanidad por todos los poros de su cuerpo —menos abundoso al correr de los años— y de su espíritu, de un encuentro difícilmente repetible y de imposible olvido. Pues bien, este hombre de gran corazón y no menor cabeza, dijo con sencillez y

CAMILO JOSÉ CELA

UN PREMIO NOBEL EN LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

Victorino Polo García

*generosidad lo que pensaba: que aceptaría gustoso el título de **Doctor honoris causa** —como ahora recibía el de alumno— y que le gustaría que fuera la Universidad de Murcia la que rompiera el maleficio nacional de los merecimientos. Por ello trabajamos de nuevo, que lo cortés no quita lo valiente y nobleza obliga. Los votos se hacen porque, dentro de un tiempo razonable, se vuelva a producir la gloria del reencuentro definitivo, con todos los **gaudeamus igitur** resonando en las bóvedas del Paraninfo.*

